

como pasa María á ser madre de Dios. ¡Oh dignidad sin igual! No se puede hacer mayor elogio de tí que guardando el silencio de la admiración.

Así fué rescatada la falta de Eva. Ésta dió oídos á la serpiente que la engañó y María creyó al ángel que le dijo la verdad. Eva no buscó sino la santificación de su ambicioso orgullo; María sólo procuró anonadarse en su humildad; Eva se abandona á la santificación de un goce sensual; María renuncia á todos los placeres; Eva, queriendo ser igual á Dios, desobedece á Dios; María se proclama la sierva de Dios en el instante mismo en que comienza á ser madre de Dios. Por esto sólo concibe Eva el pecado y la muerte, mientras que María concibe la santidad y la vida. Eva hubiera trasmitido á la posteridad los dones que recibió sólo con hacerlos fructificar; pero se olvidó de que tenía la misión de conservarlos y perdió á su posteridad. María vino al mundo para borrar la falta de Eva, y fiel á su misión reparadora rescata al género humano.

¡Oh madre de Dios, bendita seas por los siglos y especialmente por el actual.—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel. Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA IX

EL CULTO DE MARÍA ES LA ESPERANZA DE LOS JUSTOS.

Después de la necesidad de amar, otra existe en nosotros muy imperiosa en medio del vacío, de las fatigas y desengaños de la vida; me refiero á la de creer y esperar en una vida mejor. No podemos dudar nosotros de este porvenir, porque tenemos fe. Mas ¿quién nos asegura que alcanzaremos un porvenir dichoso? El apóstol San Pablo dice en su carta á Timotheo que la esperemos por Jesucristo. No se engaña el apóstol. El que ha venido directamente al mundo para salvarnos, que nos ha abierto con su sangre las puertas del arrepentimiento y el cielo con su testamento, es indudablemente el fondo de nuestra esperanza. Pero ¿por qué la Iglesia, la infalible Iglesia coloca en los cánticos de la Virgen estas palabras con que tan á menudo la saludamos: Dulzura y esperanza

nuestra? La Iglesia recuerda sin duda, dice un santo Padre, que si hemos tenido un Redentor, María fué quien nos lo trajo y por ella descendió á la tierra. Si contamos con un sacerdote que ofrece al cielo el sacrificio propiciatorio, el cuerpo de la Virgen es donde se reviste de las ropas pontificales para agradar dignamente á Dios. Si contamos con una víctima de reconciliación capaz de aplacar la cólera de nuestro Criador ultrajado, ¿quién es ella sino la dulce oveja madre del divino Cordero? Si el llanto de dolor y tristeza de nuestros primeros padres se convirtió en cánticos de alegría, y á la ley de temor y venganza siguió la ley de gracia y misericordia; si la vida sucedió á la muerte, ¿á quién se lo debemos sino á la que es la alegría del mundo y el árbol de la vida plantado en medio de la Iglesia? Si se disiparon las tinieblas del antiguo error al brillo de la civilización cristiana, es porque la obra de María, fuente de la luz celestial, ilumina á todo el que viene al mundo. María fué quien nos abrió la puerta del cielo cerrada desde la caída; por ella se nos ha llamado de nuestro destierro y se envainó la espada de fuego que nos impedía la entrada en el Paraíso. Por ella se realizaron las esperanzas de los profetas y se cumplieron sus predicciones; por ella, en fin, conseguiremos el goce de unos bienes sin fin. En el concilio de Efeso afirmó San Cirilo esta doctrina con unánime aplauso de todos los obispos.

«Dios te salve, oh virgen santa, exclamó; por vos se glorifica y adora en toda la tierra á la Santísima Trinidad, por vos están los cielos llenos de alegría y colmados de regocijo los espíritus bienaventurados. Por vos fué arrojado Satanás á los infiernos y entró el hombre en una condición mejor de la que tenía antes de la caída. La idolatría ha sido desterrada, los hombres llegaron al conocimiento del verdadero Dios, el bautismo se confirió á los hijos de salud. Por vos se han levantado en todas partes

templos, y todas las naciones del universo, son llamadas á la penitencia.»

Atrevidas son estas frases y más de un fariseo de la nueva ley se escandalizará de ellas. Pero su asombro llegará á mayor altura cuando oiga lo que hablando de María dice San Bernardo; que la llama *causa de nuestra esperanza*, y prueba su dicho, y en una de sus pruebas dice: «Si María ruega por nosotros, el Hijo no podrá desoir á su Madre, ni el Padre podrá desoir á su Hijo.»

Ved aquí por qué es María nuestra esperanza. El mismo lenguaje han adoptado los hombres entre sí. Más de una vez hemos oído decir á un cliente, hablando del abogado que defiende su causa, que es su esperanza. ¿Y podremos comparar la influencia que puede ejercer un abogado con un juez, con la que ejerce María con su Hijo? Tan poderosa es, que parece habersele dado el gobierno de todo el mundo. Recorred los vastos mares y los altos montes del antiguo y del nuevo mundo, y en los grandes centros de población, así como en los solitarios desiertos, hallaréis vestigios del amor con que vela la Madre del Redentor por los hombres. Ella es quien les ha salvado en una parte contra las inundaciones, en otras contra el incendio. Ora les ha hecho salir de la nieve que les cubría de entre las olas del mar bravío que les sepultaba, ora les ha librado de las enfermedades que les tenía sumergidos en el lecho del dolor. En una palabra, no hay situación ninguna en la que no haya intervenido la mano poderosa de la reina del cielo.»

Hemos hecho referencia á los milagros obrados en la naturaleza. Para penetrar en el orden más elevado de la gracia y llegar de lleno á nuestro asunto, permitidme que os lea una de las páginas escritas por uno de los más sólidos panegiristas de María:

Nadie puede, dice Monseñor Pavy, creerse con derecho á salvarse; nadie puede apoyarse en sus pasadas vir-

tudes para asegurar su virtud futura ó presente. Pero cuando *el justo* os ha servido, oh Madre de la gracia, ¿podrías abandonarlo cuando desea serviros siempre, y en vez de envanecerse por los honores que ha tributado se humilla delante de Dios y de vos misma manifestando la desconfianza que en sí mismo tiene, y cuando confía, no en la presunción de su virtud, sino en vos para no perderse en la eternidad? ¿Hubiera repetido inútilmente tantas veces: ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte, para verse abandonado en esta hora suprema sobre aquella en que se apoya su porvenir inmortal? Los ministros del Dios de las misericordias hemos visto y asistido, y seguimos asistiendo en los momentos en que la vida les abandona, á los siervos y siervas de María, y os decimos en alta voz «que su esperanza se manifiesta llena de inmortalidad.» La calma y tranquilidad con que mueren es como la calma de un día de primavera. No parece sino que para ellos escribió la Iglesia estas palabras: «María, madre clementísima, protéjeme contra el enemigo y recíbeme á la hora de la muerte.»

Voy á relataros una piadosa leyenda de la Edad Media, y sin que os dejéis preocupar por la realidad del hecho á que se refiere, no olvidéis su sentido moral; y vosotros, padres y madres de familia, contad la historieta á vuestros pequeñuelos, no como una verdad, sino como una alegoría de esperanza:

«Cerca de las orillas del Rhin vivía en una miserable cabaña una penitente. Su celda no tenía más que una ventanilla que daba á un sendero y que era donde le colocaban todos los días su comida, y una puerta que daba á un cementerio. Una noche en que dormía tranquila, la despertó una luz brillantísima que inundó repentinamente su miserable estancia. Levantóse precipitadamente temiendo un incendio y se asomó á la ventana para pedir socorro. Pero comprendió su error, y dirigién-

dose á la puerta del cementerio, vió junto á una tumba recientemente cerrada una mujer vestida de blanco con una corona con doce estrellas que brillaban con un brillo deslumbrador.—¿Quién sois, señora? preguntó temblando la pobre penitente.—Y la mujer vestida de blanco le contestó:—Soy *María*.—¡Oh madre mía, María llena de gracia. Dios te salve! exclamó la piadosa penitente. ¿Podrá preguntaros vuestra humilde sierva cómo os halláis á tales horas entre los muertos?—Sí, hija mía; esta tumba que ayer se abrió, contiene los obsequios que depositaron en ella con sus lágrimas, las compañeras tuyas que vinieron á enterrarla. Se llamaba María, como yo, y me amaba con todo su corazón, y cuando la llamó la muerte me ha invocado hasta el último momento. Su piedad y su inocencia me movieron hasta el grado de pedir á mi Hijo que me permitiese venir á recoger su alma, y me lo ha concedido.» Al acabar de pronunciar estas palabras la mujer vestida de blanco y coronada de estrellas, se inclinó sobre la tumba, separó con la mano derecha un polvo de tierra y apareció una paloma blanca como la nieve, que posándose suavemente sobre el blanco ropaje de la Virgen, voló con ella al cielo. Arrodillada la penitente y llena de un santo respeto contempló á su divina Madre, diciéndola con amoroso transporte: Oh Madre mía, venid también á la hora de mi muerte por mi alma. Quiera Dios, hermanos míos concederos la misma gracia como yo se lo pido.—**ASÍ SEA.**

VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

DÍA DIEZ

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quæ est ista quæ ascendit per desertum, sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ et thuris, et universi pulveris pigmentarii?

Cant., III, 6.

Quam pulchri sunt gressus tui, filia principis!

Cant., VII, 1.

Quam pulchri super montes pedes annuntiantis bonum.

Isa., LII, 7.

Area fœderis Domini veniat in medium nostri ut salvet nos!

I. Reg., III, 3.

Ecce dilectus meus venit, saliens in montibus, transiliens colles: en iste stat post parietem nostrum.

Cant., II, 3.